

La Quinta Calderón. Ensayo histórico genealógico de dos familias pioneras del comercio y la industria en Monterrey.

Rodrigo Velarde Ortiz, Grafo Print Editores, Monterrey, 2012, 223 pp.

José Roberto Mendirichaga

Producto de diez años de paciente labor de acopio, investigación y escritura de materiales realizada en archivos nacionales e internacionales es el trabajo del arquitecto paisajista Rodrigo Velarde Ortiz. Con un prólogo de Rocío González-Maiz, diez capítulos, un epílogo, un anexo fotográfico, documentos y genealogías, más amplia bibliografía, el libro de este investigador enriquece la historiografía local.

En el prólogo, la doctora González-Maiz destaca que “[...] el autor nos regala una gran descripción del panorama de aquella región [...] donde nacieron sus ancestros [...]”. Así mismo describe ampliamente la situación de la región del noreste a la que llegaron esos hombres emprendedores, y pueblos que habitaron como Montemorelos y Monterrey en el antiguo Reino de León [...] y finalmente nos presenta la historia de la *Quinta Calderón*, un lugar de gran tradición en la ciudad de Monterrey”.

Como introducción, el autor anticipa algunos datos sobre sus ancestros paternos y maternos y señala que el libro está constituido por la historia de tres grandes personajes unidos genealógicamente en línea directa: Juan Francisco de



la Penilla (el vicecónsul), Pedro Calderón Velarde (el genearca) y Rodrigo Velarde Reyes (“El Tío”, su padre).

1. El origen. Las huertas que se encontraban en la margen norte del río Santa Catarina, fertilizadas por el “muégano” o limo del mismo, eran de muchos árboles frutales y de sombra. La acequia de Los Tijerina irrigaba la zona de las quintas. La propiedad inicial, de 150 por 100 varas, fue de don Gregorio Rodríguez, quien la vendió en 1870 a don Ramón Lafón. Éste vende la propiedad cinco años después a José Calderón Penilla y su concuño Mariano García. A la muerte de José Calderón Penilla, la propiedad pasó a José Calderón Mugerza en 1889, y de ahí a sus sucesores.

2. Cantabria. Es un capítulo en el que el autor recapitula la historia de esta región en el arte y en la economía, situando allí el Palacio Velarde, de donde procedía el fundador de la casa en América, situado en Santillana del Mar.

3. Juan Francisco de la Penilla. Aquí el autor da respuesta a una común interrogante de cómo se integraron y fortalecieron los capitales norestenses de la primera mitad del

siglo XIX. En los primeros años de este siglo se avecina en Nuevo León Juan Francisco de la Penilla Palacios. Primero se empeña en la curtiduría de pieles y luego amplía el negocio hacia un almacén de compra-venta de granos y artículos en general. Se establece primero en el Valle del Pilón o Montemorelos y, casi simultáneamente, en la capital del estado. El impulso dado a los hermanos Rivero, Víctor y Valentín, es señalado por el autor.

Muy interesante es la descripción del Monterrey del momento, donde la religiosidad era distintiva. “Todos los días, al oscurecer, rezaban con fervor el rosario y antes de amanecer entonaban las alabanzas, cánticos dedicados a Dios y a la Virgen María”, escribe Velarde Ortiz. De la estancia de De la Penilla Palacios en Montemorelos viene la Hacienda de Soledad de Mota, que en 1925 pasó a propiedad de la familia Calles.

4. Un comerciante emprendedor es Pedro Calderón Velarde (1790-1858). Nació en Muriedas, muy cerca de Santander, Cantabria. Se embarcó a la Nueva España en 1808. En 1827 se casó en el Sagrario de la Catedral de Monterrey con María de la Luz Penilla Ugarte y murió en la capital de Nuevo León en 1858. Velarde Ortiz menciona que su tatarabuelo Pedro estableció un “tendajo” o comercio al menudeo, vasallo de los mayoristas. En su relato, agrega la importancia de los fleteros, entre los cuales menciona a Daniel Sada, José Ortiz y Agustín Catareche, tema que, manifiesta, le gustaría investigar más. El circuito Matamoros-Monterrey durante el periodo centralista era

muy importante, en el que la mayor parte de la mercancía “circulaba ilegalmente”. Pedro Calderón Velarde fue miembro de la Junta de Fomento del Comercio, antecedente de la Cámara de Comercio, y socio de la Fábrica de Hilados y Tejidos “La Fama”, empresa industrial pionera que se fundó en 1854.

5. José Calderón Penilla (1843-1889), forjador de la industria, es quien continúa la labor del padre. Lo hace a los 15 años de edad. “Traía productos del centro de México, a cambio de bienes disponibles en Nuevo León y estados adyacentes”. En 1876 se casó en el Sagrario de Catedral con Francisca Muguerza Crespo. Al año siguiente nació el primogénito de la pareja: José Calderón Muguerza (1877-1946), luego asociado en 1898 con Joseph Schneider, Francisco Sada Gómez e Isaac Garza para fundar la Cervecería Cuauhtémoc.

Velarde Ortiz destaca en este capítulo el papel desempeñado por doña Francisca Muguerza de Calderón en los negocios, viuda a muy temprana edad, quien afirmaba: “Que haya Cervecería, aunque deje de existir la Casa Calderón”. Para el autor de este libro, fue doña Francisca la que le propuso a su hijo construir el Gran Chalet de la Quinta Calderón. Doña Francisca vivió hasta 1913.

6. Familia Velarde Calderón. Al casarse la primogénita de Pedro Calderón Velarde, Refugio, con Emeterio Velarde Calderón, “se le dio vuelta al orden de los apellidos”. Emeterio Velarde Calderón I, bisabuelo del autor, nació en Alfoz de Lloredo, Cantabria. En 1845 llega a Monterrey a trabajar con su tío Pedro Calderón Velarde. El autor de *La Quinta Calderón* describe la ciudad como una pequeña población que “podía ser cómodamente peatonal o recorrerla a caballo en pequeños carruajes”. Después de

10 años de trabajo con su tío, establece un negocio que llama “La Valenciana”, ubicado en Morelos y Emilio Carranza. En 1859 se casa en el Sagrario de Catedral con Refugio Calderón Penilla. De este matrimonio nacieron: Paulina, Avelina y Emeterio II. Paulina se casó con Pedro Maiz Arsuaga; Avelina con Martín Vizcaya; y Emeterio II (1864-1935) con Ángela Reyes, abuelos paternos del autor. La descendencia de los Velarde Reyes fueron: Emeterio III, Angelita, Ana María, Rodrigo (padre del autor del libro), Paulina, Emilia y Luz.

7. Es breve el capítulo dedicado a José Calderón Muguerza, pero puntualiza que éste tenía 13 años cuando en la casona de Padre Mier y Galeana nació la Cervecería Cuauhtémoc; sus estudios con el profesor Virad; la continuación de los mismos en Kansas City; su gran desempeño de 22 años en Cervecería Cuauhtémoc como tesorero y luego como consejero de la misma, hasta su muerte en 1946; la creación de la Granja Sanitaria; su casa urbana de La Purísima y su casa de campo de “La Escondida”; los terrenos en la Meseta de Carrizalejo; y su amplia obra social y cultural, como la Sociedad Protectora del Niño, el auspicio a la construcción de la Escuela “Fernández de Lizardi”, el Teatro “María Teresa Montoya” y “La Ciudadela”, sin desatender la Quinta Calderón.

8. Más de orden afectivo, es el capítulo dedicado a Rodrigo Velarde Reyes, su padre, ahijado de bautizo de José Calderón Muguerza y su madre, Francisca M. Vda. de Calderón. Figuran en el citado capítulo la membresía de Rodrigo Velarde Reyes al Círculo Mercantil Mutualista y al Deportivo Monterrey; su afición al beisbol, a la charrería, a los toros y al polo. Señala que desde 1929 su padre se hizo cargo de la Quinta Calderón y que en noviembre

de 1936 contrajo nupcias con la señorita Aurora Ortiz de Quevedo, su madre. La descendencia: Rodrigo, Aurora, Jorge, Eduardo, Alejandro y Gerardo Velarde Ortiz. Hay una larga lista de compañeros y amigos de “El Tío”, los que son personajes, en su mayoría, del Monterrey de la época y gente de la élite regiomontana.

9. En Diversión y entretenimiento, el autor habla de los paseos más atractivos de la época de su padre: El Diente, La Pastora, La Huasteca, Grutas de García, El Jagüey, La Décima, La Leona, La Fama, incluyendo unos párrafos sobre los carruajes de la época, antes del automóvil.

10. Y como último capítulo se encuentra en el libro *La Quinta Calderón* y su desarrollo. En él, el autor va haciendo una amplia relación de lo que se va edificando en este espacio del tiempo libre: el gran chalet de eventos, el café, la huerta, la pista de patinar, los columpios y subibajas, los carros de chivitas, el zoológico, las tertulias, los banquetes, las bandas y orquestas, los espectáculos, los artistas: Tito Guízar, Pedro Vargas, “La Prieta Linda”, Dolores del Río, María Félix, María Elena Marquez, Columba Domínguez, Miroslava, Fernando Fernández.

El gran chalet o castillo se incendió en 1960; “acabó con toda una época de sana diversión”, señala Velarde Ortiz. No menos importante es la relación de aquellos banquetes brindados en el histórico espacio a personajes como Bernardo Reyes, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Francisco Naranjo, Nicéforo Zambrano, Álvaro Obregón, Serafin Peña, o eventos para el personal de *El Porvenir*, a damas del Club DTUP, o a profesores y alumnos del ITESM.

Desde 1929 hasta prácticamente su muerte en 1985, “El Tío” Velarde atendió el restaurante, que estuvo

ubicado como uno de los grandes sitios gastronómicos regionales, finalmente integrante del grupo gastronómico Pangea, para cerrar hacia 2014. De su menú, destacaban: el cabrito de leche al pastor, las agujas de res, el diezmillito, el filete "Tío", la milanesa, el cortadillo, la lengua en salsa, el puchero de res, el arroz rojo, los frijoles a la charra, la nogada y el café de olla.

En la parte final de este capítulo, el autor recuerda a "La Tía Aurora", su madre, quien por muchos años, junto con su esposo, supervisaba la cocina; la peña "La Lidia", antecedente de "El Toreo", que surgió en 1963; la fiesta brava, el hipismo y la equitación; la construcción de "El Campanario" por el arquitecto Guillermo Belden en 1962; la remodelación de 1969 con el ingeniero Manuel Ortiz Berazaluze; y la adquisición y remodelación de los Apartamentos "La Silla", para convertirlos en el restaurante "Tío La Silla", al sur de la ciudad. En el epílogo, el autor señala que el libro es un homenaje a quienes fueron precursores o actores de esta historia.

Como anexo fotográfico, aparecen imágenes de Aurora Ortiz de Velarde; el Club de Polo "Hacienda Los Lirios"; los amigos de la infancia de Rodrigo Velarde Ortiz: Enrique Farías Parás y Patricio Coindreau Farías; más otras gráficas.

En documentos particulares y cuadros genealógicos, el autor incluye el testamento de Juan Francisco de la Penilla Palacios, el resumen de sus propiedades en Monterrey, la lista de sus deudores, el acta de bautizo de Pedro Calderón Velarde y su desembarco en Soto La Marina en 1831, la casa de Padre Jardón, actas de defunción de familiares, la donación por José Calderón Ayala del terreno que hoy ocupa el Teatro Calderón, y los árboles genealógicos del genearca,

de los Velarde-Calderón, de los Maiz-Velarde y de los Vizcaya-Velarde.

Se listan los fondos consultados: Archivo General del Estado de Nuevo León, Archivo Histórico de Monterrey, Archivo Privado de la Familia Calderón, Archivo Privado de la Familia Velarde Calderón, Barker Texas Historical Center, Archivo Histórico Banco Bilbao Vizcaya Argentaria y Registro Mercantil de Vizcaya.

Se incluye un glosario de pesos, pesas y medidas, y en la bibliografía-hemerografía, se listan, entre otros, trabajos de Sara Aguilar Belden, Rodolfo Arroyo Llano, Ricardo Covarrubias, Madame Calderón de la Barca, Eugenio del Hoyo, Óscar Flores, Rocío González-Maiz, Miguel González Quiroga, Carlos González Rodríguez, Jaime Labastida, Carlos Marichal, Tomás y Rodrigo Mendirichaga, Andrés Montemayor, César Morado, Carlos Pérez-Maldonado, Santiago Roel, Javier Rojas, Daniel Sifuentes, Aureliano Tapia, Ronnie C. Tyler, Jesús María Valdaliso, Isidro Vizcaya y Alex M. Saragoza.

Cabe destacar el elegante formato en 22.8 x 22.8 centímetros del libro, su segunda y tercera de forros con perspectiva del sitio y dibujo de la portada original, portada y contraportada con una foto del *buggy* de don José Calderón Muguerra y un logotipo orgánico del autor. El diseño de la edición fue de Rodrigo Velarde Ortiz; el diseño editorial, de Juan Carlos Moreno Ibáñez; el cuidado de la edición, de Rocío González-Maiz; la revisión, de Ovidio Espinoza Cuadras; la digitalización, de Fernando José Velarde Santos; y la fotografía, de Roberto Ortiz Giacomán.

En suma, un libro interesante, ameno y que aporta no sólo información sobre el espacio denominado La Quinta Calderón, sino so-

bre la ciudad y sus alrededores, más la vinculación de la misma con poblaciones y ciudades del norte de España, de donde proceden los Velarde, Calderón, Penilla y Muguerra.

Guanajuato, la primera intendencia insurgente

Martínez Álvarez, J. A., La Piedad, Michoacán, México, 2015

Nehemías González

Martínez Álvarez expone en este documento el movimiento emancipador de la Nueva España, y en particular su gobierno en Guanajuato, con una postura más acorde con la esencia de la historiografía, superando los escritos ideológicos y los faltos de rigor de investigación documental.

Tras la cruenta toma de la ciudad, llena de violencia y desmanes, el cura Miguel Hidalgo designó a José Francisco Gómez como intendente insurgente, el primero de su género, un acontecimiento de verdadera trascendencia histórica y, sin embargo, sin un estudio objetivo de lo ocurrido.

El autor se lanza a ofrecer su propuesta en aras de la verdad, por amarga que fuese; sin ataduras ideológicas ni compromisos políticos o académicos, para dar a conocer los sucesos en toda su dimensión, en lo posible, durante los dos meses que gobernó en Guanajuato el intendente insurgente entre octubre y noviembre de 1810. En el primer capítulo, analiza los antecedentes y los factores del conflicto desde dos dimensiones: factores internos y factores externos. Los factores internos no surgieron de la noche a la mañana sino que se fueron agudizando durante casi tres siglos hasta desembocar en la Independencia.

GUADAJUATO

La primera intendencia insurgente

La desigualdad económica reflejada en la pobreza e ignorancia en la mayor parte de la población indígena, la rivalidad entre dos clases españolas: los gachupines y los mestizos, los ingresos que no se quedaban en México sino que eran para financiar las guerras que libraba España en Europa, el establecimiento de intendencias que aumentaron las rentas de la Corona, los envíos a España que aumentaron de 6, 000 a 7, 000 000 de pesos, lo cual equivalía a dos terceras partes de las remesas que el gobierno Español recibía de toda América, la enajenación y venta de bienes raíces cuyos productos fueron depositados en la Real Caja de Amortización lo que dañó la economía de agricultores y medios terratenientes, la concentración de los medios de producción en un grupo reducido de mineros españoles, la expulsión de los Jesuitas que afectó en amplia medida el sistema educativo, en el campo, una sequía tenaz abatía las sementeras en 1808, 1809 y 1810, y convirtió a los indios en hombres hambrientos y desesperados, las costumbres del clero habían llegado a un grado de corrupción escandaloso destacándose la mayoría por la codicia y la lujuria.

A los anteriores catalizadores había que añadir como elemento carburante en esta mezcla de descontento la presencia de un criollo inquieto y con fama de sabio: el cura Miguel Hidalgo, cuya ontología insurgente se fue incubando a través de los años, hasta madurar como el hombre destinado a dirigir la sublevación.

Hidalgo alternaba su oficio de pastor de almas con su vocación literaria, social y política. Estableció talleres artesanales para el impulso de la alfarería, el cultivo de la vid y la cría de los gusanos de seda, en beneficio de sus feligreses, indios chichimecas y otomíes en su mayoría. El domicilio del cura era el eje de reuniones, fraguándose ahí las ideas que permearían a las capas de la población víctimas del despotismo tributario y feudal.

Con el propósito de emplear otros métodos para que España retuviera el control de sus posesiones en América, a finales de agosto de 1810 llegó a Veracruz el nuevo virrey, Francisco Xavier Venegas de Saavedra, para tomar posesión de su cargo el 13 de septiembre. Tres días después de su toma de posesión, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo, al enterarse de ser descubiertos y de la orden para ser aprendidos los conspiradores lanzó el Grito que inauguró la insurrección contra los gachupines.

El lunes 17 se instaló en la Nueva España el primer gobierno local independiente que en sí mismo representa un hito en el proceso de desarrollo independiente del pueblo mexicano. Desde la población celayense, Hidalgo enviaría una misiva al intendente Riaño, intimándolo a entregar aquella estratégica plaza de Guanajuato.

El 25 de septiembre, en Valladolid, el obispo electo de esa diócesis, Manuel Abad Queipo, expedía un edicto excomulgando a Hi-

dalgo, así como a todos los que lo siguiesen, acusados de sedición, insultos a la religión y al monarca, perjurio y perturbación del orden público.

El día 28 de septiembre, Hidalgo envió al intendente Riaño una nueva intimación para rendirse la plaza de Guanajuato, atrincherados en la Alhóndiga. Riaño afirmó que no estaba dispuesto a rendirse y emitió la declaración: Que no reconocía más capitán general de América que al virrey Francisco Xavier Venegas y que, en tal virtud, se hallaba resuelto "a defenderse hasta lo último", con los valerosos soldados que lo acompañaban.

Antología de documentos históricos sobre la Segunda Intervención Estadounidense

INEHRM, SEP, SEMAR, Gobierno de Veracruz, México, 2014

Edmundo Derbez García

El libro *Antología de documentos históricos sobre la Segunda Intervención Estadounidense* complementa una serie de obras que resultan las más completas escritas hasta la fecha sobre el episodio de la invasión norteamericana al puerto de Veracruz en abril de 1914, durante el periodo de la Revolución Mexicana.

Este acontecimiento ha sido poco estudiado por los historiadores mexicanos y quienes lo han hecho se inclinan por abordar los aspectos diplomáticos del conflicto cuando en realidad entraña implicaciones políticas, económicas, sociales y culturales, además claro está, de las navales y militares.

La Antología de documentos históricos así lo constata mediante una selección de 169 documentos, entre los cuales se encuentran cartas, telegramas, memorandos y notas

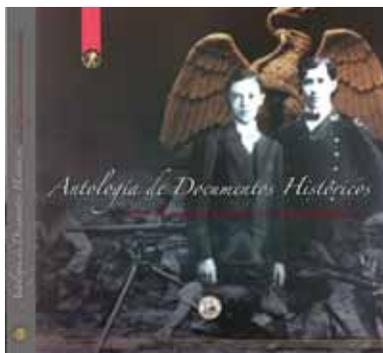
periodísticas que registran los antecedentes, desarrollo y consecuencias de la ocupación norteamericana a Veracruz.

El volumen pretende difundir una parte importante del vasto material utilizado por los investigadores de la Unidad de Historia y Cultura Naval de la Secretaría de Marina para la elaboración de las obras históricas que conmemoraron el centenario de la heroica defensa del puerto de Veracruz: *De la intervención diplomática a la invasión armada. México frente a Estados Unidos durante 1914 e Imaginario de la Segunda Intervención Norteamericana*.

Este acervo proviene de diversas instituciones nacionales y extranjeras como la Secretaría de la Defensa Nacional, la Universidad Nacional Autónoma de México a través de la Biblioteca Nacional de México y la Hemeroteca Nacional de México; el Archivo General de la Nación, la Secretaría de Relaciones Exteriores con el Archivo Genaro Estrada; los Archivos Nacionales en Washington y el Department of Navy de Estados Unidos.

El capítulo I está dedicado al preámbulo de la intervención en el que escriben María Delta Kuri Trujero, Josimar Daniel Rangel González, Mario Óscar Flores López y Omar Samuel Palacios Aponte. Los documentos aquí presentados dejan ver que ya existía la posibilidad de una intervención armada y prueba de ello se incluyen las cartas enviadas por el presidente Francisco I. Madero a su homólogo estadounidense William H. Taft para evitar una intervención norteamericana en 1912.

El capítulo II, titulado "El incidente en Tampico", abordado por Leticia Rivera Cabrieles, jefa del Departamento de Historia, Unidad de Historia y Cultura Naval, y José Herón Pedro Couto, expone los argumentos fabricados por Estados Unidos



para motivar su incursión armada en Veracruz. El referido incidente, ocurrido en Tampico el 9 de abril de ese año –el arresto de los nueve tripulantes del *USS Dolphin*–, se convirtió en la coyuntura perfecta para que el presidente Woodrow Wilson ordenara la invasión al no reconocer al gobierno del general Victoriano Huerta por su participación en los acontecimientos de la Decena Trágica. La intervención fue pensada en primera instancia en Tampico, no sólo debido a que ahí sucedió el problema, sino porque dicho puerto era de suma importancia económica para los intereses norteamericanos que pretendía defender.

El tercer capítulo, "La invasión al puerto y la defensa naval", por los mismos autores, expone el desembarco anfibio y la ocupación durante seis meses de los puntos estratégicos del puerto y de la Isla de Lobos. Entre los documentos se incluyen las notas diplomáticas enviadas a Victoriano Huerta y a Venustiano Carranza informando sobre la intervención, las notas periodísticas que daban noticias contradictorias y a veces falsas sobre este evento, las bitácoras de los barcos invasores norteamericanos; las declaraciones del presidente Wilson; las airadas protestas de Carranza y otros mexicanos, los comunicados y partes militares de las fuerzas nacionales e invasoras, los decretos oficiales y testimonios de sobrevivientes.

El cuatro, escrito por María Eugenia Rodríguez, expone la admirable resistencia que opuso la población civil, niños, mujeres y ancianos; las expresiones de oposición de los veracruzanos que se dejaron sentir de varias formas, una de ellas negarse a servir en el gobierno establecido por los invasores, y el disgusto ante el sometimiento expuesto en poemas, cartas y artículos.

El quinto capítulo, "Carranza, los Estados Unidos y la evacuación de Veracruz", por Ángel Amador Martínez, incluye documentos sobre la participación de los países sudamericanos involucrados en la mediación entre México y los Estados Unidos y sobre las negociaciones que culminaron con el retiro de los norteamericanos.

Estos documentos transcritos y presentados en forma cronológica proporcionan elementos necesarios para ofrecer una interpretación analítica del cómo y por qué de los acontecimientos y procesos relacionados con la intervención. Además, ofrecen a los estudiosos una importante base documental para investigaciones futuras. Algo que es importante resaltar es que se trata de una contribución a la historia naval que, en general, se ha estudiado muy poco en México; esta antología viene a sumarse a las obras que se han escrito sobre la Armada Nacional.

Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política

Rogelio Hernández Rodríguez (coordinador), El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 2015

Edmundo Derbez García

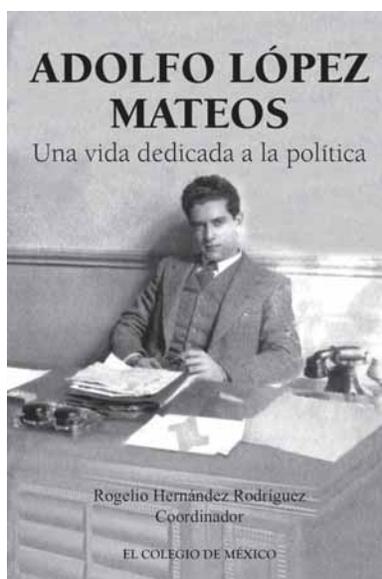
Sobre Adolfo López Mateos se conocen algunas decisiones relevantes de su

presidencia, como la nacionalización de la industria eléctrica y la polémica creación de los libros de texto, pero no existía una obra que contextualizara su paso por la política nacional, ni explicara las razones que lo llevaron a tomar decisiones trascendentales durante su gobierno.

Este libro busca llenar vacíos en la historia personal del presidente López Mateos, ubicándolo en el momento histórico específico de su actuación y establecer relaciones y explicaciones entre puestos, responsabilidades, experiencias y decisiones. De esta labor se encargan 10 autores, quienes analizan e interpretan cada pasaje de su vida con mayor profundidad de la que se había abordado.

Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política está dividida en tres partes. La primera está dedicada a su formación, primeros años en los que María José García Gómez aborda en su ensayo el contexto de la institucionalización del régimen, que poco a poco se fue construyendo sobre cacicazgos y caudillos en el periodo entre 1924 y 1940, cuando López Mateos inició su vida política; para luego abordar Milada Bazant los antecedentes familiares del biografado que, junto a sus estudios, son determinantes para entender su ideología liberal – era descendiente del novelista Juan A. Mateos y del periodista e historiador Francisco Zarco Mateos–, así como la influencia decisiva que el socialismo tuvo en él.

En la segunda parte, la de su formación política, Pedro Castro destaca su activa participación, como apasionado universitario –dentro de la llamada generación de 1929– en el movimiento y la lucha por la autonomía de la Universidad Nacional de México, así como en el movimiento político vasconcelista, cuya derrota ese año lo llevó a exiliarse



en Guatemala. Castro expone facetas desconocidas de López Mateos como la de poeta y crítico literario, su ejercicio del periodismo además de la oratoria, observándose en ello la impronta de su madre Elena Mateos. Muchos poemas los dedicó a su novia y después esposa Eva Sámano Bishop; también resalta su disciplina por el ejercicio físico, su gusto por la música y las canciones románticas, por la lectura de la historia y su vicio por el cigarro y el café.

Carlos Escalante Fernández profundiza en su etapa como director del Instituto Científico y Literario del Estado de México, entre 1944 y 1946, puesto que resultaría decisivo en su vida; y Ariel Rodríguez Kuri culmina la segunda parte de la obra con su incursión definitiva en la política nacional a través de Isidro Fabela, gobernador del Estado de México, y Miguel Alemán, cuando se convirtió en senador de la república y luego miembro del gabinete de Adolfo Ruiz Cortines como secretario del Trabajo y Previsión Social.

La tercera parte, la de su presidencia en el periodo de 1958-1964, está dividida en cinco capítulos.

En general se describe de inicio la reacción conservadora, la actuación del empresariado, la posición de la iglesia frente a la educación pública, la reforma electoral y la represión social.

Un aspecto esencial de su presidencia fue la política exterior en plena Guerra Fría, aspecto que toca Ana Covarrubias, con aristas como la tensa relación con Estados Unidos, los casos de la Revolución Cubana, Guatemala y el desarme, pero resalta en ella el acercamiento de México al mundo.

Un apartado está dedicado a la política económica, donde Graciela Márquez describe la fórmula para que el sexenio fuera llamado “la edad dorada del capitalismo”; uno a la acción educativa, a cargo de Aurora Loyo Brambila, donde se destaca la creación de los libros de texto gratuitos; otro a la seguridad social, a cargo de Ricardo Pozas Horcasitas, quien pone énfasis en el movimiento médico; y cierra el libro con el retiro y últimos años de vida de López Mateos, marcados por la organización de los juegos olímpicos y la enfermedad que acabó con su existencia.

La principal lectura de la obra estriba en considerar a López Mateos como el puente entre la etapa caudillista y la institucionalización, su colaboración en la construcción e implantación de un sistema político, y la rectificación que hizo al corregir fallas y errores del proceso. En ese sentido, como hombre de la Revolución, su presidencia buscó resolver o al menos subsanar graves carencias del pasado en materia educativa y social.

En una etapa de profunda polarización interna López Mateos logró controlar a los grupos políticos y económicos del país para impulsar una transformación política, económica y social.

Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX

Monsiváis, Carlos, Debolsillo, México, 2014

Nehemías González

En *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*, Carlos Monsiváis nos revela y recuerda cuánto nos han legado los liberales mexicanos que en ese siglo confrontaron a los poderes político, económico, religioso y cultural que dominaban en nuestro país.

Las batallas de esa generación transformaron a la nación mexicana. Todos ellos fueron brillantes escritores y políticos, intelectuales que debatieron en todos los campos con los representantes del conservadurismo que anhelaba mantener a México en la época de la Colonia.

En el siglo XIX de México suceden, entre otras situaciones, el (desdichado) primer imperio, la ronda de las presidencias malogradas, la invasión norteamericana, la pérdida de una parte (substancial) del territorio, la Reforma liberal, la presidencia de Benito Juárez, la gran batalla por la definición de lo nacional, las arcas siempre vacías y la mala educación que imparten, por así decirlo, el padre Ripalda y el odio a la laicidad.

Un grupo de liberales talentosos, valientes y lúcidos construye, simultáneamente, la literatura y la historia de las nuevas libertades. Al edificar “casi de la nada” la República, se enfrentan a los poderes constituidos o con ganas de constituirse, a los representantes de la religión organizada y al analfabetismo y al caos, el “duo dinámico” del aislamiento nacional. Escriben donde pueden y todo el tiempo, toman las armas, redactan las leyes, dirigen secretarías de Estado, viven el no-



madismo de la República que cabe en una carroza, resisten al (patético) segundo imperio, atienden al fusilamiento de su emperador y, lo central, están cerca de don Benito Juárez, lo apoyan y lo critican con vigor.

Son ellos, entre otros, Juan Bautista Morales “El Gallo Pitagórico”, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, y sus obras, ahora ya accesibles, son algunas de las grandes herencias ocultas de la nación. “Acercarse a su legado es dialogar con una parte primordial de nuestro pasado y, sin duda, de nuestro presente”, escribe Carlos Monsiváis. Esta obra es, a la vez, tanto una exposición del pensamiento y la gesta de los liberales, como una descripción minuciosa de los alcances del conservadurismo que afanosamente buscaba la perpetuación del oscurantismo en la nación mexicana.

En el capítulo “El Estado y la Iglesia”, se rememora la enconada oposición eclesíastica a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma juaristas. Monsiváis señala que “de manera inexorable, el siglo XIX mexicano es en buena medida la batalla campal entre intolerancia y

tolerancia, lo que involucra a los propios clérigos”.

Quienes confrontan el poder colonial de la Iglesia católica “son anticlericales, por su apego al cristianismo primitivo, como lo fue Ramírez, los demás se declaran creyentes y, con gran frecuencia, guadalupanos, y su laicidad radica en la separación de poderes: “al César lo que es del Estado y a Dios lo que es de la Iglesia”.

Sin estar conscientes de nuestros orígenes, somos herederos de batallas culturales que sembraron entre nosotros la noción y práctica de libertades.

El ocultamiento de la herencia liberal decimonónica en el México de fines del siglo XX se debe al “analfabetismo funcional”, a la falta de un espíritu arqueológico en la política editorial y al predominio de un lector incapacitado para asimilar viejas retóricas.

El objetivo central de este volumen es repasar la obra de algunos liberales destacados como Juan Bautista Morales, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Juan Bautista Morales “El Gallo Pitagórico”, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio.

Estas semblanzas, pequeñas piezas de biografía política e intelectual, comparten la valoración de la pedagogía cívica en el liberalismo mexicano. Casi todos ellos asumieron el rol de educadores morales, de maestros espirituales de la nueva ciudadanía. Esta función los obligó a colocarse en el centro del espacio público. “La política en una nación incipiente —dice Monsiváis—, es atmósfera inescapable”. Esa centralidad de lo político, inclinó la escritura de los liberales hacia diversos géneros didácticos como la oda, el diálogo, la memoria, el folletín, la crónica, el costumbrismo y la historia patria. *Las herencias ocultas* pueden ser leídas, entonces, co-

mo las pesquisas de un heredero que rescata la herencia de la libertad de las vidas y acciones de los liberales del siglo XIX.

Historia del narcotráfico en México

Guillermo Valdés Castellanos,
Aguilar, México, 2013

Edmundo Derbez García

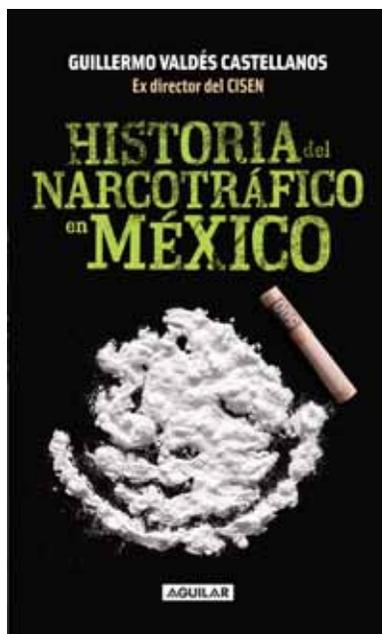
Un análisis desde la perspectiva histórica para explicar la expansión del problema del narcotráfico en México, es el que ofrece Guillermo Valdés Castellanos en su libro *Historia del narcotráfico en México*

Se trata de obra documentada que explica los orígenes del narcotráfico en el país, de sus protagonistas, de los mecanismos empleados para alcanzar la supremacía en el negocio de los estupefacientes, entre ellos la violencia y los acuerdos tácitos con cuerpos policiacos, agentes ministeriales, representantes del ejército, políticos y miembros del gobierno.

El autor analiza las primeras expresiones del narcotráfico en el país durante las décadas de los años veinte a los cuarenta del siglo pasado, cuando su evolución se dio gradualmente con el incipiente desarrollo de plantíos de adormidera y marihuana en Sinaloa y la aparición de pequeños productores y traficantes.

Desde esta primera etapa existen dos elementos que persistirán hasta la actualidad: la corrupción de las autoridades y la debilidad institucional en materia de seguridad y justicia.

En la segunda etapa, Valdés describe el auge y la consolidación monopólica de 1940 a 1980 de la producción, procesamiento y distribución de droga por el grupo Si-



naloa que, de acuerdo al autor, disponía de un arreglo de conveniencia con la Dirección Federal de Seguridad (DFS) hacia fines de los ochenta. El incremento de la demanda de opio y marihuana de Estados Unidos detonó una logística cada vez más compleja en toda la cadena que culminaba con situar la droga en la frontera.

La tercera etapa está caracterizada por el fin del dominio de Sinaloa, tras la muerte del agente americano Enrique "Kiki" Camarena, la presión de Estados Unidos para perseguir a los capos, la caída de Félix Gallardo y la desaparición de la DFS. Con ello se rompió el pacto entre la organización criminal y el Estado y llegó a su fin el modelo de control o "administración" de la delincuencia por el Estado.

En la cuarta etapa de 1990 a 2006, surgió una guerra de dominio territorial de extrema violencia con la aparición de nuevos capos que gozan de creciente autonomía y protección policial: Arellano Félix (Tijuana), Amado Carrillo "El señor de los Cielos" (Ciudad Juárez), García Ábrego y Osiel Cárdenas (Golfo), Valencia (Michoacán),

Joaquín "El Chapo" Guzmán, Mayo Zambada, Héctor "El Güero" Palma (Sinaloa), entre otros.

Valdés explica las fragmentaciones y rupturas entre Estado y organizaciones criminales durante los últimos años del siglo XX, en un contexto político de cambio donde el PRI dejó de ser la fuerza política dominante. En esta etapa, el autor describe que pese a la fragmentación y confrontación interna, el crimen organizado alcanzó un nivel de expansión, poder y violencia nunca antes vista, que le permitió dominar de manera parcial al Estado.

Finalmente aborda la guerra franca del gobierno mexicano contra el narco en el presente siglo. Cabe aclarar que Guillermo Valdés fue titular del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN) durante el gobierno de Felipe Calderón, y si bien ese puesto le permite tratar con conocimiento de causa la polémica política seguida entre 2007 y 2012 para contener el narcotráfico, también es verdad que en la explicación clara existe cierto trasfondo para justificarla.

El autor aclara que se trataba, en diciembre de 2006, de un problema de seguridad nacional y un problema estructural del Estado, débil y corrupto, sin fuerza pública capaz de combatir organizaciones que desde Estados Unidos disponen de armamento de alto poder y actividades delictivas dedicadas no sólo a las drogas sino al secuestro y extorsión. No obstante, reconoce los logros parciales y el mayor índice de violencia que desencadenó la estrategia de guerra frontal contra el crimen al desplegar a las fuerzas federales de manera masiva, aunque señala que dicho recrudecimiento era una tendencia que venía dándose desde 1989 con la fragmentación de los cárteles.